



Entre la exclusión de la oposición y las exigencias de los aliados, el margen de maniobra es mínimo. Las probabilidades de lluvia parecen casi nulas.



**CARLOS A.
PÉREZ RICART**
@perezricart

Los relámpagos de agosto

— **P**ropongo —dijo Canalejo, el Ave Negra del Ejército Mexicano— que el compañero Anastasio Rodríguez, que es diputado, promueva en la Cámara la anulación del Inciso N por improcedente.

—¿Improcedente por qué? —preguntó Anastasio, que nunca habló en la Cámara por timidez. No sé cómo llegó a General de Brigada.

—Improcedente porque no nos conviene, muchacho —le explicó Trenza con mucha calma.

...

En *Los relámpagos de agosto*, Jorge Ibargüengoitia emprendió una de las operaciones críticas más finas de nuestra literatura: desmontar desde dentro la épica revolucionaria.

La ópera prima del escritor guajuatense recrea las memorias del general José Guadalupe Arroyo —solemnes, enfáticas, saturadas de grandilocuencias y actos heroicos— para revelar, con ironía nunca estridente, la distancia entre la retórica de la gesta y la modestia de

los resultados. Una brecha que, admitámoslo, es el leitmotiv de nuestra política.

José Guadalupe Arroyo recuerda batallas decisivas, traiciones históricas, momentos que —según sus memorias— inclinaron el destino de la República. Conforme avanza el relato se instala, sin embargo, la sospecha que sostiene la ironía del libro —y de buena parte de la obra de Ibargüengoitia—: detrás de tanta proclamación heroica se esconden prácticas de lo más pedestres. Intrigas provincianas, ambiciones personales, envidias pequeñas y episodios cuyo impacto real resulta bastante menor al que les atribuye la memoria de sus protagonistas. La historia patria, pues.

El título encierra una clave interpretativa. Los relámpagos iluminan el cielo con estrépito, anuncian tormentas memorables y, por un instante, hacen creer que algo extraordinario está por suceder. Duran, sin embargo, apenas un instante. Cuando la luz se disipa, el cielo vuelve a su estado habitual. Ningún diluvio.

Esa gramática —dramatismo político y desenlace menor— describe con

precisión la propuesta de reforma electoral presentada ayer. Durante meses se anunció como una intervención profunda sobre las reglas de la competencia democrática. Se habló de rediseñar el sistema electoral mexicano, de corregir sus vicios estructurales, de emprender una transformación de gran alcance. ¿No iba de eso la lucha política de Pablo Gómez?

Al final, lo que ayer pudimos conocer es algo bastante más modesto: una serie de ajustes. Algunos razonables, otros discutibles, pero en cualquier caso limitados en su alcance. Lo que eventualmente termine aprobándose estará lejos de constituir una redefinición del sistema de representación política.

Para un proyecto político que se concibe a sí mismo como Cuarta Transformación, la desproporción resulta evidente. Las transformaciones, cuando merecen ese nombre, suelen implicar rediseños de mayor escala. Lo que aquí encontramos se parece más a una corrección marginal que a una refundación del régimen electoral.

En el mejor de los casos, la reforma

terminará siendo reformita.

Que la tormenta no haya llegado tiene explicación en el método. Suele decirse —no sin razón— que lo que mal empieza, peor acaba. La reforma se intentó construir sin interlocutores. Desde el principio se prescindió por completo de los partidos opositores. Nada se les consultó. Nadie levantó el teléfono. Poco importó lo que tenían que decir. Para el gobierno fueron más enemigos que adversarios. Nadie —y Pablo Gómez, menos que nadie— se tomó el trabajo de persuadir a alguien fuera del propio coro.

Lo más grave: ni siquiera dentro del coro hubo armonía. Al excluir a la oposición, la reforma quedó inevitablemente en manos de los aliados de la coalición —el PT y el Verde— guardianes atentos de las reglas que garantizan su propia supervivencia política.

Entre la exclusión de la oposición y las exigencias de los aliados, el margen de maniobra es mínimo. Las probabilidades de lluvia parecen, desde ahora, casi nulas.

...

La metáfora de Ibargüengoitia viene a cuento. Estamos a principios de marzo, pero lo que ilumina el cielo son relámpagos de agosto. Brillan con intensidad, producen estruendo y anuncian una tormenta que parece diluvio. Luego la luz se extingue.

Nada cambia demasiado. Todo permanece igual. Algo normal entre los hombres y mujeres que habitan Cuévano.